

como el anciano caballero Alvar Fernández, que había pertenecido a la comunidad desde los tiempos del rey don Alfonso el Décimo.

La propuesta del comendador sobre las rentas y las deudas sorprendió gratamente a todos los vasallos y renteros que marcharon satisfechos a sus casas, asombrados por la inhabitual generosidad de los templarios: les habían condonado todas las deudas sobrevalorando el coste de las jornadas dedicadas a trabajar para la encomienda, les habían rebajado la rentas a la mitad a partir de este año y, lo que parecía más extraño, les entregaban dos tercios del ganado con la obligación de devolverlo pasados unos años, cuando ambas partes convinieran.

—Por el momento, eso es cuanto podemos hacer —se justificó Lucas Gil—. Espero que sean discretos y no divulguen nuestros acuerdos.

—Sin duda, lo serán —observó Lope Ferrero—, al menos hasta que lleguen a la taberna. Tienen que celebrarlo y el vino embota la mente, a la vez que desata la lengua.

—Aún falta por decidir sobre las deudas del concejo y de algunas iglesias —recordó Hernán Pascual.

—¿Qué opináis al respecto?

—Teniendo en cuenta las circunstancias y el acuerdo sobre las deudas y rentas de los vasallos, creo que deberíamos condonarlas también, pues sigue vigente el estado de necesidad que las originó y los ingresos del concejo y de las iglesias no mejoran. Muy a duras penas pueden cubrir sus gastos ordinarios.

—Así se hará —decidió el comendador—, pero les pediremos que esa condonación y las que podamos hacer en adelante no figuren como tales, sino como aportaciones de nuestra orden a la ayuda de los necesitados.

La llegada de la hueste templaria a Tordehumos estuvo rodeada de una expectación inusual, a medida que se conocieron los problemas de la Orden en Francia. A pesar de sus rivalidades con otras órdenes militares y de sus frecuentes conflictos con nobles y preladados, los templarios eran respetados en León y Castilla, hasta el punto de que ni el rey ni los representantes de los estamentos del reino daban crédito a la informaciones que llegaban de Francia y que consideraban patrañas inventadas por la codicia de un rey ambicioso. Sin embargo, según pasaba el tiempo y las acusaciones eran más graves y aparentemente

más fundadas, el apoyo sólido que gozaban los templarios empezó a resquebrajarse. Aún predominaba el convencimiento de que eran infundios hábilmente montados y propagados para justificar el expolio de las riquezas del Temple, pero también se estaba formando un grupo cada vez más numeroso e influyente que daba valor a las confesiones inculpatorias que numerosos templarios habían hecho ante los inquisidores franceses.

Al igual que en conflictos anteriores entre los ricos hombres y la familia real, el sitio de Tordehumos se prolongaba sin que Juan Núñez de Lara depusiera su actitud insolente y sin que el rey don Fernando fuera capaz de doblegarle tomando la villa. Las máquinas de asedio que habían instalado los sitiadores apenas eran utilizadas y los sitiados estaban más interesados en esperar un desenlace negociado que en romper un cerco que en ningún momento les resultaba agobiante. Los más reacios a desencadenar ataques eran los nobles, cuyos lazos de parentesco o de amistad con los sitiados era patentes.

—Son lobos de la misma camada —comentaba un soldado de la mesnada real a otro compañero—. Como decimos en mi pueblo, se ladran pero no se muerden.

—A más, ¿quién les asegura que la próxima vez no se volverán las tornas? Así que hoy por ti y mañana por mí.

—Y luego están las buenas soldadas que cobran al rey por no hacer otra cosa que acompañarle en estas ocasiones.

—Reconocerás conmigo que gracias a eso tenemos un oficio.

Los soldados callaron cuando se percataron de la proximidad de dos caballeros de la Orden Hospitalaria de San Juan que se dirigían hacia la tienda del maestre de los templarios. Tal como les había ordenado el sargento debían vigilar cualquier movimiento en torno a los templarios e informarle puntualmente de cuando observaran. Por eso, cuando los hospitalarios entraron en la tienda, acudieron a darle parte. Si se hubieran fijado un poco más, habrían reconocido en los visitantes a Fernán Rodríguez, prior provincial, y Ruy González, el prior de Cerecinos.

—El Señor esté con vosotros, hermanos templarios —les saludaron.

—Que Él os acompañe siempre —les respondió Rodrigo Yáñez—. ¿A qué se debe vuestra grata visita?

—Disculpád que nos presentemos tan tarde y sin avisaros, pero acabamos de recibir noticias de Francia que debemos transmitirlos sin tardanza.

—Vos diréis —le respondió el maestre templario vivamente preocupado por lo intempestivo de la visita y el semblante serio de los hospitalarios.

—Nos ha llegado de nuestra casa de París un informe sobre la persecución que padece vuestra orden. Quizá conozcáis algunos hechos, pero dudo que tengáis una información tan pormenorizada como la acabamos de recibir. Permitid que os la resuma. Tras el encarcelamiento de vuestros hermanos de Francia el aciago día 13 de octubre, se han ido encadenando hechos que arrastran a vuestra orden hacia la supresión.

“Asesorado por su confesor e inquisidor general de Francia, el dominico Guillermo de París, el rey don Felipe acusó a vuestros hermanos de herejía, por lo que les entregó directamente a los tribunales de la inquisición; desde el primer momento fueron sometidos a duros interrogatorios con toda clase de presiones y amenazas para que se reconocieran culpables de los crímenes que les acusaban. Como esas medidas no dieran el resultado esperado, pasaron inmediatamente a torturarlos sin piedad.

“Algunos hermanos, los más simples, se perdieron en las sutilezas doctrinales de los teólogos dominicos y cayeron en contradicciones que fueron su perdición. Otros consiguieron defenderse de esas argucias y fueron torturados tan brutalmente que sólo en París unos treinta hermanos murieron en el tormento negando las acusaciones, pero otros muchos fueron incapaces de soportar la tortura y acabaron reconociendo su culpa. Entre éstos se encuentra el mismo maestre general, Jacques de Molay, que admitió haber escupido sobre la cruz, haber renegado de Cristo, haber practicado la sodomía y haber adorado ídolos.

Ante la crudeza de la exposición y la hondura de la consternación que el maestre templario reflejaba con unos ojos desorbitados, arrasados en lágrimas, con la mirada fija perdida en el vacío, Fernán Rodríguez calló compasivamente.

—Fuimos entrenados para resistir hasta la muerte luchando contra los enemigos de nuestra fe, pero nadie nos preparó para sufrir torturas por parte de los representantes de nuestra iglesia —se lamentó Rodrigo

Yáñez que, deseoso de pasar cuanto antes un trago tan amargo, solicitó con voz entrecortada: Por favor, seguid.

—Con esas confesiones en la mano el rey francés acabó con la indecisión del papa, que vive atemorizado por el clima de terror que los oficiales del rey y los inquisidores han creado en torno al proceso. Aún está muy presente en la memoria del papa y de los miembros de la curia el trato indigno que sufrió su antecesor Bonifacio VIII en Anagni en manos de quienes ahora torturan a los templarios. Según nuestro mensajero, Clemente V está preparando una bula sobre el asunto.

“Por otra parte, en la información recibida se indica que el rey francés envió una carta a otros reyes cristianos denunciando a vuestra orden y animándoles a seguir su ejemplo, y que fue acogida con desconfianza y no produjo ninguno de los efectos que pretendía. Tan sólo el rey de Navarra, hijo suyo, se prestó al juego. Todos los demás reyes le niegan toda credibilidad y Eduardo de Inglaterra le ha contestado en términos duros y sarcásticos. De todas formas, como reyes cristianos, esperan el pronunciamiento del papa, que acatarán.

El invierno se acercaba y a la sequía de los meses estivales sucedieron lluvias torrenciales durante el otoño, anegando las tierras bajas y convirtiendo en lodazales intransitables los caminos polvorientos, hasta que los primeros fríos los cubrieron de una costra helada. Una niebla persistente se apoderó del paisaje desdibujando el contorno de las murallas y del castillo de Tordehumos con apariencias fantasmales sobre las que destacaba el humear de las chimeneas, que reaviva la nostalgia del calor hogareño en los sitiadores.

La dureza de esas condiciones hacía la vida en el real cada día más difícil y pesaba en el ánimo de los ricoshombres presentes mucho más que los maravedís generosos que recibían por sus servicios, siempre con retraso, y que la esperanza de mercedes reales, siempre inciertas. Por otra parte, su lealtad estaba dividida entre la fidelidad obligada al rey, su señor, y los fuertes lazos que les unían al cabecilla de esta rebelión, don Juan Núñez de Lara. Por todo ello, como el asedio se alargara, empezaron las defecciones y varios ricoshombres con sus mesnadas abandonaron el real quemando sus campamentos antes de retirarse a la

comodidad de sus castillos o, como sucedió en algunos casos, antes de meterse en la villa para reforzar a los sitiados.

Sin embargo, ni el rigor del clima ni la complicidad con los Lara ofrecían justificación suficiente para su retirada. La mano del infante don Juan, el de Tarifa, se movía detrás de esas deserciones que debilitaban la autoridad del rey y fortalecían la unidad de ricoshombres y nobles contra del poder que los concejos de las ciudades y villas habían alcanzado por la benevolencia de doña Maria de Molina. Se había presentado la ocasión de ponerles en su sitio y no la desperdiciarían.

Una vez más, las mesnadas de villas y ciudades y las huestes de las órdenes militares se convirtieron en el apoyo más seguro del rey, que no encontraba modo de salir airoso del reto que le había lanzado uno de los ricoshombres más levantiscos.

Pasaban las semanas en torno a la villa sitiada y la anunciada bula del papa no llegaba, dando pábulo a mil conjeturas, a cual más disparatada, sobre el futuro de la Orden del Temple. Rodrigo Yáñez esperaba con temerosa ansiedad las noticias que cada cierto tiempo traía un mensajero de Aragón. Tras la indecisión inicial, los templarios de los reinos de España establecieron un correo regular. Gracias a ello, fueron conociendo la reacción de algunos hermanos franceses que habían organizado el intento de defensa doctrinal y jurídica, a pesar de carecer de los teólogos y juristas. Frente a esos esfuerzos, Felipe de Francia siguió adelante con su plan y, como el informe que solicitara a los profesores de la Sorbona le pareciera demasiado tibio y poco concluyente contra los templarios, acudió al veredicto popular convocando los estados generales de su reino, que acogieron con entusiasmo sus acusaciones y aprobaron sus medidas.

Cuando Jacques de Molay y otros miembros de su consejo pudieron expresarse con libertad ante los cardenales enviados por el papa, se retractaron de su declaración anterior obtenida mediante la tortura y se reconocieron inocentes. De poco les sirvió.

—¡Sois perjuros! —les espetó el inquisidor de turno, satisfecho al encontrar un nuevo argumento para condenarles—. O cometisteis perjurio en el primer interrogatorio, cuando reconocisteis vuestros

crímenes, o lo hacéis ahora, cuando os declaráis inocentes, pues en ambas ocasiones os obliga el juramento ante Dios y ante la Iglesia.

Era evidente que la suerte de la Orden del Temple estaba echada y que ni siquiera el papa se atrevería a frenar la ambición y la codicia de un rey tan poco escrupuloso como el francés. Por eso, a nadie extrañó que la esperada bula fuera condenatoria: el cúmulo de pruebas falsas y de testimonios amañados contra los templarios era tal que no dejaba otra salida, una vez que se admitiera su validez. Sin embargo, nadie comprendía por qué el papa extendía a todos los templarios esas acusaciones y las proyectaba más allá de las fronteras del reino de Francia.

En los primeros días de enero, cuando eran más recios los fríos invernales en la meseta castellana, llegaron a Tordehumos los legados pontificios con la temida bula. Se acercaron cautelosos a los campamentos de los sitiadores y retrasaron su entrada hasta obtener la certeza de una acogida pacífica, conforme con la autoridad de quien les enviaba. Toda precaución les parecía insuficiente al entrar en campo de batalla; así que, apenas avistaron la villa cercada desplegaron sus estandartes y gallardetes con los colores y las armas del papa para prevenirse contra cualquier confusión.

Con el protocolo acostumbrado en estas ocasiones fueron recibidos por el rey y su corte, que esperaban impacientes el veredicto del papa sobre los templarios. Fue el jefe de la delegación, un fraile predicador joven, con aires de suficiencia, quien dio lectura a la bula papal con la voz firme y engolada de quien se cree en posesión de la verdad y en la obligación de proclamarla. Tras resumir las acusaciones más graves que se hacían contra los caballeros de la Orden del Temple, el papa ordenaba, de forma tajante, a todos los monarcas de la cristiandad que cada uno en su reino procediese a apresar a todos los templarios y a secuestrar y custodiar sus bienes hasta que se les juzgase. Si en el juicio fueren hallados inocentes, les serían devueltos junto con la libertad; en caso contrario, se dedicarían al servicio de Tierra Santa de acuerdo con la intención de sus donantes.

El legado pontificio enrolló el documento satisfecho por su actuación y por la consternación que había provocado su lectura y se lo entregó al rey que, al igual que los demás presentes, se miraban estupefactos

en medio de un silencio agobiante, tan denso que se podría cortar. Poco a poco, desde el lugar ocupado por los alféreces de las mesnadas concejiles empezó a oírse un rumor sordo de desaprobación, que en breve se transformó en voces airadas, a las que se unieron también algunos nobles.

Rodrigo Yáñez no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar, pues la bula iba mucho más allá de los peores presentimientos. Abrumado por las acusaciones que el documento recogía y alarmado por sus consecuencias, agradecía las muestras de simpatía con una mirada triste y con leves inclinaciones de cabeza. Mientras tanto, el jefe de la delegación pontificia miraba a los presentes con una actitud desafiante y provocadora que hacía subir el tono de las protestas y que no auguraba nada bueno.

—Señor maestre—intervino finalmente el rey tras oír a sus consejeros e imponer silencio—, de acuerdo con la resolución que acabamos de escuchar, debo pedirlos que os retiréis con la mesnada a vuestros castillos y que allí esperéis las órdenes que consideremos más justas y oportunas. Teniendo en cuenta vuestra valiosa y continua aportación a la cruzada, sería una afrenta encarcelaros y trataros peor que a los infieles. Os conozco bien vos y a todos los caballeros del Temple de mis reinos y estoy seguro de que acatáis la decisión provisional del sumo pontífice, por lo cual no considero necesario apresarlos.

Los legados pontificios esperaban una actitud menos benevolente del rey de León y Castilla hacia los templarios y más conforme con una interpretación estricta del mandato papal. Hicieron ademán de replicar, pero, intimidados por la reacción de los caballeros de los concejos, no se atrevieron y se retiraron a la tienda que les habían asignado, después de solicitar del rey una protección adecuada.

Al día siguiente, después de prima, Rodrigo Yáñez y los caballeros y soldados de la Orden del Temple abandonaron el sitio de Tordehumos, sin que su marcha tuviese incidiera en el desarrollo de la contienda, pues durante las últimas semanas no se había producido ningún ataque y las negociaciones de paz avanzaban a medida que Juan Núñez de Lara se sentía satisfecho por la prueba de fuerza a que había sometido al rey y por el apoyo recibido de los ricoshombres, especialmente del infante don Juan.

Los asuntos del reino, que siempre habían preocupado al maestre templario, se desvanecían ahora según consideraba el alcance de la bula pontificia sobre la vida de la orden. No podían permanecer quietos y permitir que otros llevaran la iniciativa respecto a su destino; debían reaccionar a la condena provisional del papa, que les convertía en proscritos dentro de los reinos cristianos y les dejaba a merced de la benevolencia de cada monarca. Estaba convencido de que en modo alguno correrían en Castilla y León la misma suerte que sus hermanos de Francia, pero la incertidumbre sobre su futuro inmediato no era más halagüeña ni más previsible. Antes de recluirse en sus castillos y encomiendas a la espera de las nuevas decisiones del papa, como les recomendara el rey don Fernando, necesitaban con urgencia celebrar un capítulo para informar a todos los hermanos de la situación y fijar con ellos una línea común de acción. Aún en la adversidad, la Orden del Temple debería mantener su unidad y su disciplina.

El castillo de piedra, la casa de los templarios en Villalpando, ofrecía condiciones adecuadas para acoger la reunión prevista, por lo que la mesnada se dirigió hacia allí después de abandonar Tordehumos y de enviar a los sargentos con sus soldados y ayudantes a reforzar las encomiendas de origen.

—Hermanos, huelga cualquier ponderación sobre la gravedad del momento que vivimos —con estas palabras el maestre provincial concluyó su exposición de la lectura de la bula pontificia—. Hemos tomado medidas oportunas y prudentes, pero puede que no basten, sobre todo si tenemos en cuenta lo que está sucediendo en Aragón y Cataluña. Según el último mensaje recibido de esos reinos, su rey don Jaime ya empezó a encarcelar a nuestros hermanos y a tomar sus bienes de acuerdo con el mandato del papa.

“En la conversación mantenida con nuestro rey don Fernando, antes de partir del real, me aseguró que, de acuerdo con el parecer de su madre doña María, no procedería a nuestro apresamiento, sino que nos permitiría seguir viviendo en nuestras casas y disponer de nuestros bienes, pero me recalcó con insistencia, a instancia de sus consejeros, que guardásemos fielmente los castillos bajo su señorío y obediencia. Y así se lo prometí, empeñando mi palabra. Al parecer, teme que nuestras fortalezas caigan en manos de los ricoshombres levantiscos.

“Como no podemos aventurar el curso que seguirá nuestra causa ni las adversidades que nos reserva el Señor, os recomiendo que guardemos la unidad de espíritu, aunque en el momento de actuar debamos considerar las condiciones en que se encuentra cada encomienda. Procuraremos mantener activo el servicio de correo que pusimos en marcha hace unos meses y que nos ha servido para reforzar nuestra unión, además de proporcionarnos información continua de cuanto sucede a nuestra orden en otros reinos.

“¡Que Dios y su madre Santa María nos protejan! “*Non nobis, Domine, non nobis, ser nomini tuo da gloriam!*”

Así acabó el capítulo extraordinario, que muchos caballeros vivieron como el último, a no ser que un milagro cambiara el rumbo de los acontecimientos.

Los vecinos de la villa quedaron sorprendidos cuando los templarios regresaron inesperadamente de Tordehumos, sin que la villa se hubiera rendido o se hubiera firmado la paz. Era claro que su llegada no se debía a un abandono voluntario del real, pues la fidelidad de los templarios al rey estaba fuera de toda duda, pero no alcanzaban a comprender su misterioso comportamiento, de modo que las interpretaciones se movían entre la curiosidad y el recelo. Con el paso de los días llegaron rumores que, en un primer momento, les parecieron calumnias descabelladas, pero que poco a poco se confirmaron como noticias fundadas, que podían poner en peligro la armonía que disfrutaban en los últimos tiempos, a pesar de las calamidades que asolaban la comarca.

— Es triste y doloroso reconocerlo, pero no tenemos otra disyuntiva —reconoció el alcaide en la reunión de la hermandad de la villa que había convocado con urgencia— Parece que el rey de Francia se ha salido con la suya y ha conseguido que el papa publicara una bula declarando a los templarios culpables de los peores crímenes. Todos los reyes cristianos han recibido la orden de apresarles, así como de incautar sus propiedades mientras se les juzga. Si fueran declarados inocentes quedarán en libertad y sus bienes les serán devueltos; en caso contrario, sufrirán la pena correspondiente y sus bienes se dedicarán al servicio de la cruzada.